

Un derrotero particular: Ulrico Schmidl y su crónica sobre la conquista del Río de la Plata

LORELEY EL JABER (ED.) (2016). *ULRICO SCHMIDL, Derrotero y viaje a España y las Indias*. Traducción: Edmundo Wernicke. Paraná, Universidad Nacional de Entre Ríos



Beatriz Colombi

Después de veinte años de ausencia de su tierra, Ulrico Schmidl volvió a Alemania en 1554; como muchos hombres inquietos de su tiempo, había emprendido la gran aventura del viaje a las Indias pertrechado de armas e ilusiones de fortuna. Entre 1534 y 1554 la vida de este soldado alemán estuvo ligada a los altibajos de la accidentada expedición española de reconocimiento y conquista del Río de la Plata. Años después de su regreso, escribió *Derrotero y viaje a España y las Indias*. Como nos explica Loreley El Jaber en esta espléndida edición de la Universidad Nacional de Entre Ríos, el libro fue editado y reeditado en ocho oportunidades entre los siglos XVI y XVII. ¿Qué atrajo tanto a sus lectores?, se pregunta la editora, interrogante que se entrama con otro de nuestro presente, ¿qué nos atrae hoy de esta narración? En esta novísima edición, Loreley el Jaber entrega todas las pistas para que respondamos a estas y otras cuestiones que la lectura de *Derrotero...* pueda suscitar. En su introducción, la editora destaca muy especialmente la recepción de este libro en el emergente mercado editorial alemán de mediados del siglo XVI, atento al interés creciente en los relatos de viaje. Esta demanda del público lector acicateó el emprendimiento de empresas titánicas, como la colección *Los grandes viajes*, del editor e ilustrador Théodore De Bry, responsable de la primera edición alemana del texto. *Derrotero...* es, nos explica Loreley El Jaber, una pieza ejemplar en la historia del libro, una ficha en ese universo de deseos y satisfacciones promovidos por la imparable industria de la imprenta que maneja, con enorme astucia, las temáticas preferidas por sus lectores. Los viajes de conquista fueron una de estas temáticas, como lo demuestra otra importante antología de la época publicada en Venecia de la mano de Giovanni Battista Ramusio, *De las navegaciones y los viajes*. Las llamadas crónicas de Indias, esto es, crónicas de la conquista de América, fueron consumidas como fabulosas aventuras, percepción que la propia trama de los relatos solía alimentar. Así, el discurso imperial de dominio del mundo circuló de modo “inocente” bajo el ropaje de la narrativa de viaje, impartiendo, a diestra y siniestra, estereotipos, discursos sobre el Otro y tempranos diagnósticos etnológicos que fijaron una imagen del continente y de

sus habitantes vigente durante siglos. Ulrico Schmidl no escapa a este sistema: usa la retórica del viaje tramada con la ideología de conquista, para narrar este derrotero que incluye la fundación de dos ciudades, Buenos Aires y Asunción, además de motines, guerras, naufragios, desplazamientos por territorios bastante más que inhóspitos, curiosas observaciones y anécdotas de soldado, además de prolijas descripciones etnográficas de los aborígenes a lo largo del río Paraná.

¿Cómo está pensada esta edición? Para acercar el texto al lector de hoy, Loreley el Jaber arma un rompecabezas de partes que, por primera vez, se muestran todas juntas, lo cual potencia las interpretaciones que podamos hacer de esta crónica. El libro está acompañado de una medulosa variedad de materiales que permiten una lectura contrastiva y actualizada de este escrito tan señero para una genealogía del territorio rioplatense. En primer lugar, el extenso cuerpo de notas que desentrañan los aspectos más variados. (históricos, filológicos, contextuales, interpretativos, comparativos, bibliográficos) así, cualquiera de las notas es en sí un pequeño tratado. Otros elementos complementarios son el apéndice cartográfico que da cuenta de la definición del espacio rioplatense en un muestreo de croquis y mapas de la época donde, entre trazos tentativos, se van definiendo los ríos, afluentes y topónimos, como en una fotografía fuera de foco que va ganando precisión y que revela uno de los intereses más persistentes de la editora y de este estudio: el tema del espacio. Agrega, además, la introducción de Edmundo Wernicke, el traductor al español y editor de esta crónica en 1938, junto con reproducciones facsimilares del manuscrito original conservado en la Biblioteca Real de Stuttgart. También aporta variados documentos de época que permiten contextualizar la expedición al Río de la Plata, como cédulas reales, ordenanzas y cartas de particulares. Es destacable la inclusión de un Apéndice Iconográfico que reproduce las ilustraciones de la edición latina de Hulsius de 1655 y la alemana de Théodor De Bry de 1597 y 1599, acompañadas de finos análisis iconográficos de la cultura visual que pauta el modo de representación en el siglo XVI. De este modo, se puede entrar y circular

por la lectura desde cualquiera de estas secciones: ir y venir de la crónica al documento, del texto a la imagen, de la escritura a la nota. Nada escapa a este mapa de ingresos y entrecruzamientos posibles, por lo que resulta una edición ejemplar y desde luego necesaria para nuestros tiempos.

Como señala Loreley El Jaber, Ulrico Schmidl se convierte al protestantismo a su regreso a Alemania, probablemente durante la escritura del manuscrito, dato no menor como ella misma remarca, dado el lugar de enunciación particular que asumirá este autor. Porque si el Río de la Plata fue un espacio excepcional en el conjunto del territorio conquistado por España, como sostiene la editora, su cronista lo es también. Localizado al margen de otras crónicas por la lengua, por el origen, por su filiación religiosa, esta colocación le permite tomarse otras libertades respecto a los límites del discurso colonial. Y son esos límites, o mejor, el carácter difuso de esos límites, lo que me gustaría destacar. Me detengo así en algunas escenas remarcadas y anotadas por Loreley El Jaber a lo largo de este minucioso trabajo, para dialogar con las ideas que sugiere su editora.

El capítulo 9 de *Derrotero...* narra uno de los episodios más recordados de esta crónica: el hambre extrema que conduce a la antropofagia entre los españoles, “Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas, ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido.” Escena elegida por los ilustradores del XVI y ampliamente revisitada por la literatura argentina, como se señala en la nutrida nota 35. A pesar de la aparente neutralidad del narrador, el incidente aviva la “leyenda negra” de la conquista española alentada por el universo protestante en el que se inscribe Ulrico Schmidl a su regreso a Alemania; en un siglo caracterizado por las enconadas guerras entre católicos y protestantes, entre reforma y contrarreforma. Recordemos que su editor alemán, Théodor De Bry, publica también la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de Las Casas, con impactantes imágenes del terror español en las Indias. La crónica de Ulrico Schmidl y el propósito de sus editores tienen, como aclara en distintos momentos El Jaber, una motivación política. Dimensión en la que hay que detenerse ya que es clave para establecer una tríada de lugares en la narración: el lugar del autor protagonista, el de los españoles, el de los Otros americanos. Puesto que la antropofagia de los españoles no es el único momento que aprovecha el autor para manifestar su disidencia, o mejor, para articular su lugar de enunciación diferenciado. Podríamos enumerar otros. Desde luego, su actitud crítica antes los

capitanes españoles, a quienes hace responsables de mal gobierno, en el caso de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, o de manipulación a espaldas de sus soldados, en el de Martínez de Irala. El cronista no atenúa la expresión de su disgusto y justifica el motín de los soldados contra el primero, así como lanza amenazas, ya inútiles visto el tiempo transcurrido, contra el segundo, por haber estafado a su tropa. Sus conclusiones, expresión del desencanto del conquistador, son dignas del viejo Vizcacha: “Todo es picardía en este mundo”. Ulrico Schmidl aprende junto a los capitanes españoles la picaresca, sino de la literatura, seguramente de la vida. Pero llega aun más lejos en el capítulo 48, donde se lamenta del destino que cupo a Gonzalo Pizarro, el capitán ajusticiado en el Perú por su rebeldía frente a las Leyes Nuevas impartidas por la corona española para limitar el poder de los encomenderos. El “pobre Gonzalo Pizarro”, como lo llama en el texto, era la imagen viva de la traición –bien lo supo otro cronista, el Inca Garcilaso de la Vega, que padeció el desprestigio de su padre por ser amigo de Gonzalo–, por lo que la posición del narrador es notable, casi a contrapelo de todas las demás voces. Elegir a un rebelde a la corona para compadecerlo no parece un camino conveniente, pero Schmidl lo hace y le recuerda a continuación al rey de España que “toda la riqueza que tiene su Cesárea Majestad proviene del Perú y de la Nueva España y Tierra Firme”. Palabras más, palabras menos, dice que toda la riqueza de España procede de las Indias y de los hechos de sus conquistadores, por lo que podría haber añadido: “cuídese su majestad de tomar represalias contra ellos.” Su reflexión sobre el poder a lo largo del texto tiene matices llamativos, así dice: “los grandes señores son malos y bellacos, donde pueden despojar al pobre peón de lo suyo, lo hacen”. Su manifestación, en este punto, suena tan sediciosa como las cavilaciones del molinero friulano sobre el origen del mundo, entre quesos y gusanos. Vemos en estas expresiones la cuerda protestante de su credo que azuza el discurso contra los poderosos y los privilegios. También lo empuja la necesidad de defender su espacio de pertenencia. Ulrico Schmidl es, como nos recuerda la editora, básicamente un soldado, y es desde este sector que habla, en nombre propio pero también colectivo (“nosotros, la gente de guerra”), y emprende abundantes y violentas acciones contra los conquistados, no justificadas desde cualquier moral cristiana (haya sido católico o protestante cuando lo escribió). Pero, al mismo tiempo, es tan solo un “peón” en una jugada controlada por otros, jugada de la cual solo pretende desprender su “botín”, varias veces aludido en el texto, aspiración lícita de todo soldado mercenario. ¿Y en qué consiste tal botín? Indios, esclavos, mantas bordadas de algodón, plata, loros. Cualquier material se vuelve valioso cuando escasea

todo lo demás. No obstante, el botín se pierde en sucesivos naufragios, como una suerte de castigo divino. Lo único que le queda es la experiencia y su relato y este será el verdadero logro de su empresa.

En una crónica de conquista las expresiones de subjetividad no abundan, o lo hacen en dos direcciones previsibles: el padecimiento o el deslumbramiento ante lo “maravilloso”. El narrador incursiona en ambas modalidades, pero también en muchas más. Es un sujeto que experimenta, mira y compara, toma mediciones, come, caza, padece, marcha, naufraga, gusta y goza. Se detiene en describir las maravillas zoológicas como “la gran serpiente informe” y ballenas o peces de las más diversas especies. Pero desprecia de las fábulas como la del yacaré que, según la leyenda, tiene poderes de basilisco, cuyo aliento, mata, y así afirma: “todo esto es fábula, si fuese así, yo hubiera muerto cien veces, pues yo he comido y cazado más de tres mil de ellos.” No obstante, no discute la existencia de las Amazonas, mito que acoge generosamente en su relato, dado que el mismo siempre está relacionado con el hallazgo de oro, desde las cartas colombinas. Finalmente, nos preguntamos, ¿el narrador, cree o no cree en las maravillas? Sospechamos que lo maravilloso es estratégico en su relato, aparece de acuerdo a la conveniencia del episodio. Nueva prueba de que el cronista es ya un autor inmerso en un mercado de libros y fantasías. Loreley el Jaber, la editora de esta nueva edición de *Derrotero...* señala las numerosas ocasiones en que Ulrico Schmidl refiere a su texto como “libro”, a lo que se añaden las varias anticipaciones (“como bien lo sabréis más tarde”), silencios estratégicos, anécdotas y detalles, en suma, recursos narrativos que escapan al formulismo propio del género crónica para aspirar a algo más. Ese “algo más” es el plus narrativo de esta crónica y el motivo por el cual su lectura no pierde vigencia.

Uno de los fragmentos más citados son aquellas palabras que dedica a las mujeres de la nación de los Jarayes, en el capítulo 36: “estas mujeres son muy lindas y grandes amantes y afectuosas y muy ardientes de cuerpo, según mi parecer”. Como marca Loreley el Jaber, esta cita conduce a varios senderos: desde la representación cosificada del cuerpo femenino en la

conquista, a la transmisión de una experiencia, también corporal, por parte del sujeto que escribe. Este testimonio es llamativo, y muy difícil de encontrar en las crónicas escritas por los españoles, dominados por una retórica del decoro, a pesar de que sus actos fuesen abiertamente indecorosos. Aparece aquí plenamente el “yo conquistador” que mide, pesa y valora tanto el territorio como los cuerpos que lo habitan. Pero en esta crónica la percepción imperial se trama con la estética, como la prolija descripción del cuerpo tatuado de los Jarayes, a los que compara con obras de arte: “Un pintor acá afuera tendría que esforzarse para pintar esto”, o la danza de las mujeres, que lo dejan, literalmente, boquiabierto. Episodios como estos permiten percibir un cambio. Si otro alemán, Albrecht Dürer, sorprende con su serie de autorretratos en torno al 1500, tenidos como los primeros netamente modernos, este ignoto soldado del mismo origen muestra en su escritura el despunte de una subjetividad moderna. Si bien invoca en oportunidades a Dios y al Rey, el suyo no es el típico discurso providencialista español. Su causa parece ser solo suya. Podría decirse que el narrador construye un “sistema de verdad” que se valida en su propia persona y ese es el espesor “extraño” que percibimos en su escritura. En su camino de regreso del “país malsano”, ata su cama de red a dos árboles para tenderse “bajo el cielo azul en un bosque”. El inusitado lirismo de la escena recuerda la mirada de otro viajero alemán, siglos más tarde: Alexander von Humboldt.

En las crónicas de Indias, los cronistas soldados, siempre quejumbrosos, claman por reparación y reconocimiento de sus servicios, como Bernal Díaz del Castillo en Nueva España. Pero a diferencia de los soldados españoles, este no pide nada al rey. En su horizonte no pesa la ley del César español, sino una ley de mercado, el relato que habrá de entregar a sus editores alemanes. Ignoramos si este le dejó dividendos. De lo que no podemos dudar es de que le prodigó fama, un botín simbólico nada desdeñable, después de casi cinco siglos. La excelente edición de Loreley El Jaber permite asomarnos a estos y otros sentidos encerrados en esta cápsula del pasado, hoy felizmente recuperada y enriquecida para futuras lecturas.

